

Edward B. BARBIER, *Scarcity and Frontiers. How Economies Have Developed Through Natural Resource Exploitation*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011, 768 pp.

Edward B. Barbier, profesor de Economía en el Departamento de Economía y Finanzas en la Universidad de Wyoming (Estados Unidos), nos presenta en esta obra un completo análisis sobre cómo las economías se han desarrollado a lo largo de la historia a través de la explotación de los recursos naturales. La motivación del autor parte de una preocupación presente: la Era de Escasez Ecológica a la que se enfrenta el mundo en estos momentos, y que le han llevado a buscar en el pasado lecciones con las que hacer frente a nuestros problemas actuales.

En la introducción nos muestra los que serán los conceptos teóricos clave bajo los que se guiará su trabajo. De un lado, la «escasez», como elemento crucial para entender cómo se desarrollaron las economías en el pasado en la búsqueda de la supervivencia y el crecimiento; y, de otro lado, el concepto de «frontera», como terreno expansivo hacia el que tendieron y tienden las sociedades en la búsqueda de la superación de los límites que la «escasez» puede imponer. Una posición de arranque en la que economía y naturaleza co-evolucionan a lo largo de la Historia se nos muestra aquí como totalmente ineludible.

Podríamos dividir el libro en tres grandes apartados: primero, los capítulos dedicados al análisis de las épocas en las que el desarrollo económico estuvo ligado a una expansión de frontera «horizontal», es decir, a la adquisición por parte de los reinos, imperios, países o simplemente, sociedades, de tierras cultivables y recursos naturales; en segundo lugar, los capítulos dedicados al estudio del crecimiento económico ligado a la expansión de frontera «vertical», una vez que entran en el juego económico los combustibles fósiles; finalmente, la tercera parte del libro, está dedicada a analizar la situación actual y guiar nuestros esfuerzos de cara al futuro con la perspectiva que nos da la Historia.

Barbier retrotrae su investigación a la época de la Transición Agrícola (10000-3000 a.C.). Nos muestra cómo en torno al comienzo de dicha era, el cambio climático, la extinción de las grandes presas y la presión humana causaron que los grupos de cazadores-recolectores trataran de asentarse en determinadas regiones ecológicamente ricas, para hacer frente de una forma única a la escasez de recursos naturales. Una vez las poblaciones crecieron y los recursos disponibles empezaron nuevamente a escasear, comenzarían a experimentar con la domesticación de plantas y animales. El

resultado sería el comienzo de la transición desde la caza-recolección hacia la agricultura. Se inicia igualmente en este periodo la expansión a través de la frontera, donde los ahora agricultores emigran a zonas cercanas con nuevos suelos disponibles y condiciones ambientales favorables. Esto, junto a la evolución de las técnicas agrícolas, hizo que la expansión de la agricultura fuese desde entonces imparable a nivel global. Así, para el año 3000 a.C., determinadas regiones, principalmente del suroeste asiático, habían logrado desarrollar economías capaces de soportar grandes poblaciones en las que parte de su contingente humano ya comenzaba a dedicarse a actividades no alimenticias, como la manufactura, el comercio o la defensa. Barbier marca aquí el punto de arranque de una nueva era de la economía global.

En el siguiente capítulo («El ascenso de las ciudades, 3000 a.C.-1000 d.C.») el autor analizará la emergencia de los primeros grandes imperios y civilizaciones. Igualmente en esta época, la expansión fronteriza será fundamental, necesaria para que las nuevas ciudades mantuviesen su nivel de crecimiento y riqueza y así hacer frente a los nuevos desafíos militares que se planteaban por parte del resto de sus rivales. Barbier propone completar las teorías económicas malthusianas que examinan este periodo como de escasez de progreso a largo plazo debido a la sobrepoblación y la insuficiente subsistencia alimentaria, introduciendo una visión en la que el comercio va a cobrar un protagonismo importante. Gracias al comercio entre centros urbanizados más desarrollados y regiones periféricas surtidoras de materias primas, se formaron a su vez una serie de centros secundarios, intermediarios de este intercambio centro-periferia, claves, porque fueron estos los que ocuparon el lugar de los poderosos estados o ciudades que entraron en declive en diferentes momentos.

En el siguiente capítulo («El surgimiento de la economía mundial, 1000-1500») se abordará la inmediata cuestión fundamental: ¿cómo esas economías malthusianas de dicha era eventualmente transitaron a una etapa moderna de mayor y más rápido desarrollo económico? El protagonista de esta era será el Occidente europeo, que pasó de ser un agente periférico hacia el año 1000 a ser la región con el mayor nivel de PIB para el 1500 después de China e India. De nuevo, la explotación de los recursos naturales y de frontera se reveló como primordial. Europa «no inventó» ningún sistema económico, sino que aprovechó el trabajo de base realizado por Oriente, en decadencia en esos años. Fue más un fallo de los estados orientales a la hora de traducir su dominación del sistema económico mundial hacia una estrategia exitosa de desarrollo económico sostenido. Ese proceso sí tuvo éxito en el caso europeo, y de nuevo en gran parte debido a circunstancias ambientales, a la geología y suelos que variaban grandemente de un lugar a otro. Las condiciones de transporte y sus bajos costes favorecieron grandes corrientes comerciales intraeuropeas, convirtiéndose desde entonces el mercado en el «motor de crecimiento» para los estados emergentes europeos.

Para 1500, los estados europeos contaban con el nivel de desarrollo, con la capacidad, y con la motivación para perseguir el desarrollo económico a través de la explotación y recursos de forma global. Entramos, así, en un nuevo capítulo («Fronteras globales y el ascenso de Europa occidental, 1500-1914»). Aquí, Barbier nos presenta cómo ha cambiado el concepto de frontera como lugar de expansión desde un ámbito local-regional a un contexto mundial. Para esta misma etapa el autor se pregunta si

esta riqueza de recursos adicional contribuyó al desarrollo europeo de forma significativa y si alguna de las regiones de esa nueva «frontera periférica» se benefició del desarrollo que aconteció allí. Para responder, Barbier analiza de un lado la época del «Comercio triangular atlántico» (1500-1860) y la «Edad de oro del desarrollo basado en la explotación de recursos» (1870-1914). Ambos periodos son, además, básicos por sus repercusiones e implicaciones para los actuales patrones de desarrollo económico. Concretamente se asientan las bases del desarrollo económico «desigual», que persiste hoy día, y por otro lado la especialización económica en las regiones de frontera, que de igual forma sigue existiendo en el presente. Desde finales del siglo XIX y comienzos del XX, entra además en acción la búsqueda de explotación de unas nuevas fronteras, ahora «verticales» (combustibles fósiles y minerales). Es en este apartado donde se encuadra una de las reflexiones más interesantes y controvertidas de Barbier, que concluye que la disponibilidad de esas nuevas fuentes no asegura directamente una transición hacia una economía industrial y desarrollada, colocando los ejemplos de Estados Unidos frente a otras regiones del continente americano. Una temprana especialización en la exportación de materias primas destruye la posibilidad de creación de una industria nacional fuerte (caso de los países de América Latina), no ocurrió así en Estados Unidos, donde desde un comienzo su economía estuvo más diversificada y disfrutó de cierto aislacionismo económico que benefició el florecimiento de una industria potente.

En el penúltimo capítulo («La edad de la dislocación, 1914-1950»), entra en la época en la que por primera vez en la historia humana la superioridad económica y militar no dependió más de la expansión hacia nuevas fronteras «horizontales» y agrícolas. El comercio mundial se convirtió desde entonces en la manera de complementar los suministros nacionales de todos los países. Ningún estado, desde entonces, sería más autosuficiente y la expansión hacia fronteras «verticales» se haría global. El clásico patrón de expansión fronteriza horizontal quedaría marginado en la economía global, y solo arraigado en las periferias en vías de desarrollo, persistiendo así hasta hoy día.

Es así como Barbier llega a la era contemporánea (1950-presente). Remarca el liderazgo de Estados Unidos, pero analiza cómo van convergiendo hacia la exitosa economía norteamericana nuevos estados (Europa occidental, Japón, Australia, Canadá, los «tigres asiáticos» y más recientemente China o India). Al igual que ocurriera con los «centros secundarios» de la era del ascenso de las ciudades, determinadas regiones con una economía exportadora de materias primas se han subido al carro de la economía industrial tras el desmantelamiento de su proteccionismo y la globalización. Aunque Barbier, acertadamente, reconoce que este paso no supone automáticamente el crecimiento económico (como puede ser el caso de algunos países africanos y latinoamericanos). Él relaciona, en otra de sus aportaciones más controvertidas, esos «fracasos» con la mala gestión de las rentas generadas en el comercio de materias primas de esos países, que no han sido convenientemente reinvertidas, simplemente porque se carece de incentivos políticos e institucionales.

El último bloque del libro está dedicado al presente, a lo que Barbier denomina una nueva era: la «Edad de la escasez ecológica». En la época actual, las fronteras verticales tal vez no han alcanzado su límite físico, pero quizá es la última frontera de la

tierra, el soporte de la vida y los sistemas ecológicos, los que están sufriendo el aumento del estrés y la escasez. El asunto clave es si la sociedad humana puede encontrar de nuevo una forma de innovar que reduzca la presión del desarrollo global económico y el aumento de la población en su última frontera.

El mensaje clave de este libro es que las condiciones necesarias para superar esos retos son fundamentalmente las mismas que en otras épocas históricas. A lo largo de la Historia, aquellas economías que se han desarrollado exitosamente y sosteniblemente, han adaptado y aplicado tecnologías e inversiones a la tierra y los recursos naturales disponibles. El resultado ha sido la generación de sustanciales rentas económicas o beneficios. El proceso ha llevado a beneficios económicos debido al establecimiento de un fuerte enlace entre los sectores basados en el uso de los recursos y el resto de la economía. Si se ha hecho exitosamente, la tierra y los recursos naturales son transformados en componentes endógenos del proceso de desarrollo.

Es en estas últimas páginas donde los investigadores de lo social o, también, de lo ambiental pueden echar en falta una medición del éxito económico menos basada en cifras macroeconómicas, y en las que si bien la naturaleza ocupa un lugar central como bien económico, apenas es cuantificada con un sentido más metabólico del proceso, que incorpore también variables ambientales relacionadas con los efectos nocivos del actual sistema de desarrollo económico, como pueden ser la contaminación o la pérdida de la biodiversidad. A pesar de esto, la obra de Barbier, apoyada en una amplia bibliografía, y que analiza multitud de contextos geográficos e históricos, puede ser concebida como un completísimo manual de referencia para aquellos interesados en una visión global del devenir conjunto de economía y medio ambiente a lo largo de la Historia.

NADIA MARTÍNEZ ESPINAR